Las tierras del Sin Fin

Daniel Vidart



Las tierras del Sin Fin

Daniel Vidart

Los dos rostros de América del Sur

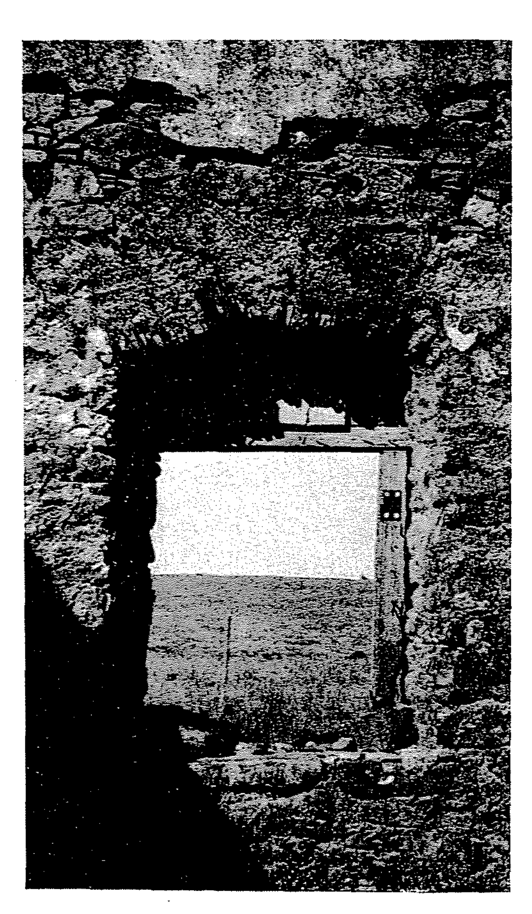
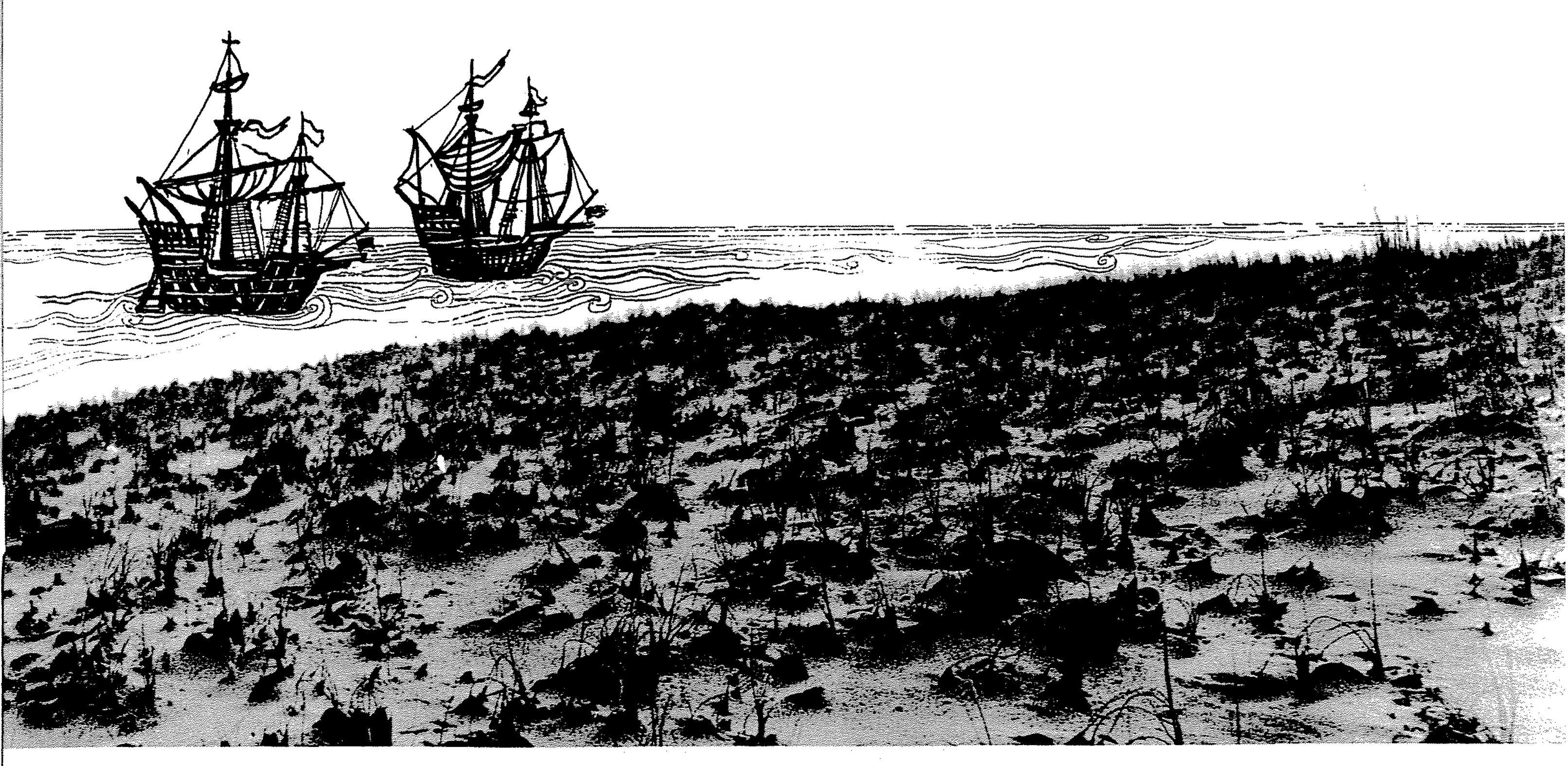


Foto Daniel Vidart

Lo que Colón descubrió en su primer viaje de 1492 no fue la costa atlántica de América sino una avanzadilla de islas coralinas. No se imaginaba tampoco el Almirante al realizar su tercer viaje en 1498 y desembarcar por primera vez en el continente que detrás de las bajas tierras del Delta del Orinoco había selvas inmensas, montañas altísimas y llanuras donde se perdía la vista en el horizonte tembloroso de espejismos. El descubrimiento del perímetro litoral de la Tierra Firme, realizado por exploradores intrépidos, fue revelando lentamente una masa continental insospechadamente grande. América del Sur al cabo de unos decenios incorporó a la cartografía mundial 18.000.000 de kilómetros cuadrados con paisajes que luego se contaron entre los más sorprendentes y espléndidos del hogar planetario del hombre. Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe, Américo Vespucio, Juan Díaz de Solís, Hernando de Magallanes, por el lado del Atlántico, y Pizarro, Quesada, Almagro, Valdivia y Sarmiento por el lado del Pacífico, completaron, en cincuenta años, el periplo de costas inéditas, que brotaban ya como una muralla vertiginosa, ya como una bahía tranquila, ya como un anfiteatro de arenas color limón, ante las miradas especulativas, ansiosas, deslumbradas, de los navegantes o expedicionarios terrestres.



Desde las dunas donde se asentaban los paraderos del Atlántico, los indígenas contemplaban la llegada de los conquistadores. *Foto Gabriel Vidart*

Las Tierras del Sin Fin

América del Sur dotó a la geografía mundial de una particular personalidad telúrica. Como un inmenso rostro bifronte nuestro continente se desdobla en dos fisonomías: una encara con dramática violencia las aguas del Pacífico y la otra se sumerge dulcemente en las aguas del Atlántico.

La América del Pacífico es joven. Una delgada llanura costera, que se triza en una perdigonada de islas húmedas y boscosas al sur de Chile y se convierte en un riguroso desierto al norte de este país y a lo largo del litoral peruano, separa la cordillera de los Andes de un océano hondísimo, acuchillado por fosas que copian en el fondo marino, invirtiéndola, la altura de las cimas. Los Andes comenzaron a formarse en el Terciario. Su plegamiento no asentado aún, disloca la corteza terrestre con paroxismos sísmicos que desde los tiempos incaicos a nuestros días han cobrado un usurario tributo de vidas humanas.

La América tórrida y templada del Atlántico, de la cual se excluye el extremo patagónico, es antigua, de venerable senectud geológica. Sus montañas, otrora empinadas, han sido desgastadas por la erosión, por la humedad que oxida y solubiliza, por la lija pertinaz de las lluvias que vienen en brazos de los vientos alisios.

A lo largo de un litoral donde desaguan ríos gigantescos, recortado a veces por golfos y bahías como acontece en las costas rioplatenses, se suceden elevaciones de poca altura, redondeadas, tapizadas hasta el paralelo 30° por una vegetación lujuriante. Estamos en el dominio del granito, del gneis, de las rocas arcaicas. Aquí las playas son vastas, la plataforma continental dilatada, el declive del continente apenas pronunciado. Las llanuras se abren paso hacia el mar o se instalan en sus orillas; no hay desiertos, salvo el sertaõ nordestino que se aletarga detrás del florido Recôncavo de Bahía; los terremotos no se conocen.

El mundo del Atlántico, húmedo, casi siempre cálido si se exceptúa la ya descartada Patagonia, se opone al mundo del Pacífico, donde, empero, un sur lleno de islas lluviosas y un tropical Chocó colombiano equilibra dialécticamente sus carencias y atenúa sus desmesuras.

Pero entre ambos litorales existe una tercera América: la mediterránea, la de las llanuras y penillanuras, que se prolonga desde las sabanas de Venezuela hasta las pampas argentinas pasando por las selvas amazónicas, los campos cerrados de Mato Grosso, los llanos de Moxos y Guarayos, los tres Chacos, la Mesopotamia ondulada, la Banda Oriental y sus cuchillas. Esta es la América de los caudalosos ríos, de las inmensas selvas, del caucho, de la mandioca plantada por tribus silvícolas, de los ganados vacunos, ovinos y equinos, de los cultivos comerciales de granos y forrajes. Aquí reinan los árboles y los pastos; lo vegetal sustituye lo mineral; la prehistoria dialoga con la historia y la extensión geográfica triunfa sobre ambas.

Nuestro país participa intensamente de las peculiaridades de esta América terrígena, donde la botánica y la zoología son más importantes que la orografía, donde la hidrografía sustituye torrencialmente las alusiones marítimas de los lejanos litorales, donde cada cien kilómetros que se caminan tierra adentro son cien años que se retrogradan hacia el pasado.

La cuenca del Plata y las Tierras del Sin Fin

El sistema fluvial que desemboca en la gran escotadura del Río de la Plata constituye un nexo, un sistema de vasos comunicantes entre la América joven del Pacífico y la América antigua del Atlántico. El Paraná y el Uruguay nacen en los planaltos brasileños en medio de espesos bosques tropicales. El Río Paraguay, tributario del Paraná, viene de los *xaraxes* del Mato Grosso, donde la cuenca platense y la amazónica intercambian sus aguas en los pantanos cuando llega la época de las lluvias. Los ríos Pilcomayo y Bermejo, afluentes del Paraguay, descienden desde los contrafuertes andinos; el primero de ellos tiene sus fuentes en las cercanías del Potosí, el cerro de la plata; el segundo, de rojas aguas, mezcla la sangre geológica de las sierras altísimas que cierran por el occidente el paso a la llanura chaqueña, con las aguas barrosas y verdinegras del Paraguay primero y del Paraná después.

Otra singularidad otorga caracteres únicos a esta poderosa red de ríos caudales cuyas nacientes están en la América tropical y cuyas desembocaduras se hallan en la América templada. El Paraná, el Paraguay y el Uruguay inician su camino en los dominios de los árboles y rinden sus corrientes en la región de las praderas. Son el líquido eslabón entre la copa arbórea, globulosa, de América del Sur y su tronco triangular que brota de las aguas heladas del estrecho de Magallanes. Conectan así, a la vez, el norte con el sur y el este con el oeste; constituyen el nudo que le da unidad y coherencia a un caos de compartimentos estancos y archipiélagos de tierra firme.

Todavía hay algo más, y quizá sea lo más importante. Por medio de estos ríos se intercomunican la América accesible de las costas con la América profunda del interior, el puerto civilizado con el *hinterland* agreste, la historia de Occidente con la prehistoria y la etnografía de los pueblos arcaicos, la técnica maquinista con las artesanías tradicionales, las razas de piel blanca con las razas de piel cobriza.

En la cuenca del Plata no existe un relieve accidentado que detenga el paso de los hombres o las bestias. La circulación puede efectuarse hacia los cuatro rumbos cardinales sin temor a la selva que desorienta, a la montaña que agobia, al desierto que sofoca. Al este del Río Uruguay se encuentran los campos ondulados de Río Grande del Sur y de la Banda Oriental; entre el Uruguay y el Paraná yace la mesopotamia argentina, anegada a veces en los pantanos de Corrientes, cruzada por suaves colinas en Entre Ríos, tatuada de islas y brazos laberínticos en el Delta; al oeste del Río Paraguay se tienden los tres grandes paneles del Chaco, que en quechua significa cazadero, moteados por altos pero abiertos quebrachales; al oeste y sur del Paraná se dilata el billar verde de la pampa donde ruedan los vientos con ruido de galopes y la gramilla repite, hasta el cansancio, su verde sílaba infinita.

En tal escenario y disfrutando los beneficios geoestratégicos de una posición excepcional se encuentra el Solar de las Cuchillas. Pertenece a una región cuyo relieve manso va desde la llanura absoluta, implacable, como lo es la Pampa, hasta las empinadas colinas riograndenses. Un mismo clima, una flora casi idéntica, una fauna similar, una red fluvial solidaria, una amplia y accesible costa sobre el Río de la Plata y el Océano Atlántico: he aquí los caracteres comarcales de las bases físicas sobre las cuales se desarrollará, en múltiples y conflictivas etapas, el coloquio entre la Civilización y la Barbarie, el Puerto y el Territorio, el Campo y la Ciudad, lo Cosmopolita y lo Criollo, el Viejo Mundo Europeo y el Nuevo Mundo Americano, la Tradición y el Progreso.

Fisonomía paisajística de la Banda Oriental

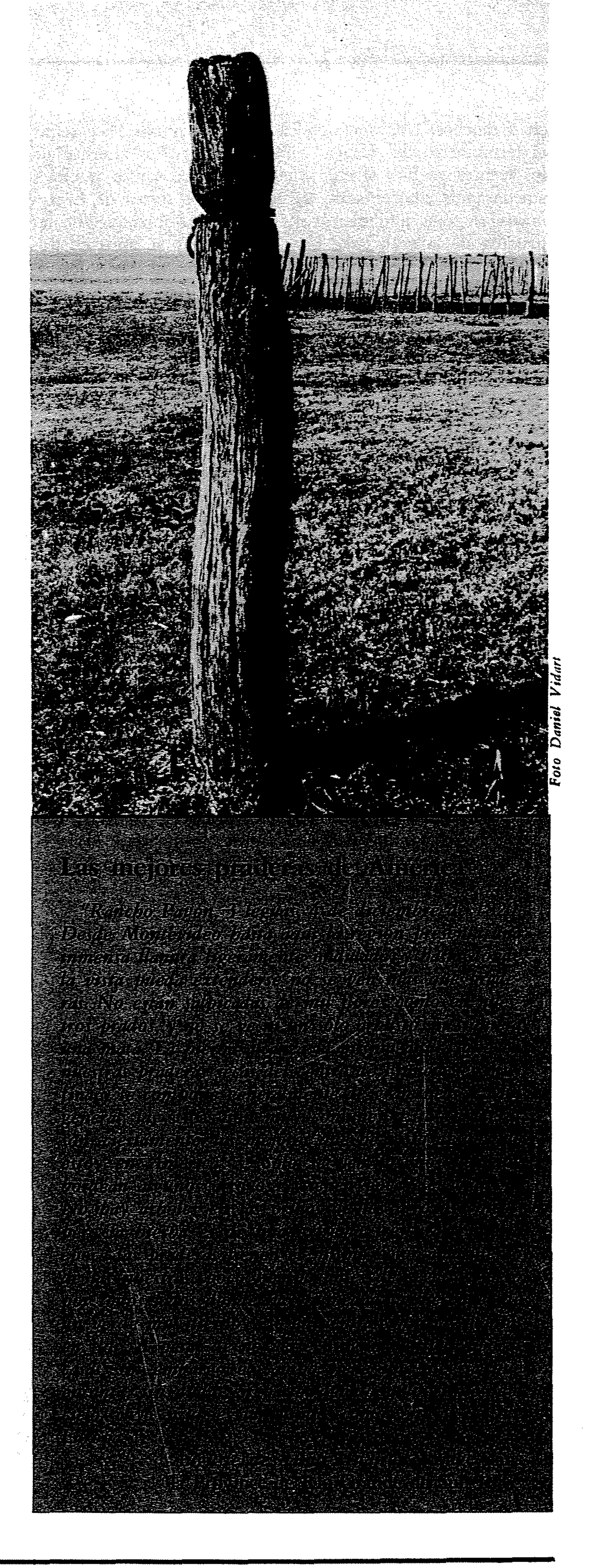


Foto Daniel Vidart

Detengámonos ahora en nuestro territorio. El asedio concéntrico, al continente sudamericano primero y al área rioplatense después, tenía como natural epicentro el Solar de las Cuchillas. Este Solar de las Cuchillas, o sea el Uruguay, posee una individualidad geográfica muy peculiar. Se trata de una suma de marginalidades; no es un territorio de contrastes sino de matices; configura una zona de transición entre diversos complejos geológicos, orográficos, climáticos, vegetacionales y faunísticos que confluyen y se mezclan en el pequeño cuerpo de un país de menos de 180.000 kilómetros cuadrados.

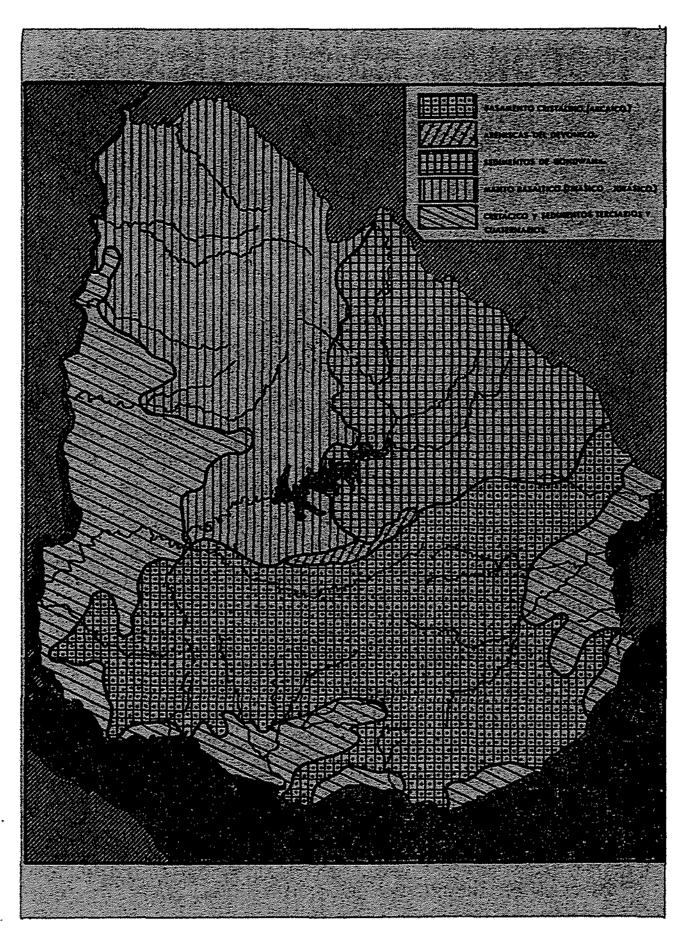
El relieve uruguayo no tiene la monotonía de la pradera pampeana, ni el agresivo empaque de las penicolinas del sur y este del Brasil. País de penillanuras cristalinas, basálticas o sedimentarias, forma un puente entre la erosionada montaña del Atlántico y la horizontalidad tediosa de la Pampa.

El subsuelo uruguayo también es una colcha de retazos, a veces mal cosidos. Hay terrenos representativos de las seis eras por las que pasó nuestro planeta desde su lejana aurora geológica, hace cosa de tres mil millones de años. De la Brasilia aflora el basamento cristalino o arcaico y el cuaternario está representado por los terrenos pampeanos y postpampeanos que clausuran la serie cronológica. Los primeros, puro gneis o granito, no guardan fósiles en su seno; los últimos, formados por blandos sedimentos, esconden las osamentas monstruosas de los megaterios, los cóncavos carapachos de los gliptodontes, los remos gráciles del *Equus pampaeanus* que trotaba por nuestras praderas en el mediodía del pleistoceno. Y entre los antiquísimos y los nuevos horizontes se conjuga un muestrario abigarrado de calizas, areniscas, limos, esquistos con brillos militares: el eogondwana y el neogondwana, el devónico, el cretácico, los feraces sedimentos terciarios, restos de remotas glaciaciones, el florecido pororó pétreo de los volcanes de la serie de Lascano, los basaltos pesados y fúnebres de la cuesta de Haedo, las ágatas color manteca y miel, las geodas tapizadas por cristales violáceos, las camadas de valvas subfósiles de las últimas transgresiones. El clima también conjuga, sobre un territorio que no tiene barreras para el viento o las nubes, el cíclico ir y venir de los frentes ciclónicos y anticiclónicos, de las cálidas mensajerías aéreas del trópico de Capricornio y los fríos escobazos polares que vienen del Océano meridional, cuajado de témpanos y pingüinos. Al perezoso aliento del viento norte le contesta el vivificante soplo del Pampero; a los vientos del este que llegan con la barriga preñada de lluvia, le responden los súbitos vendavales del oeste, que voltean árboles y deste-

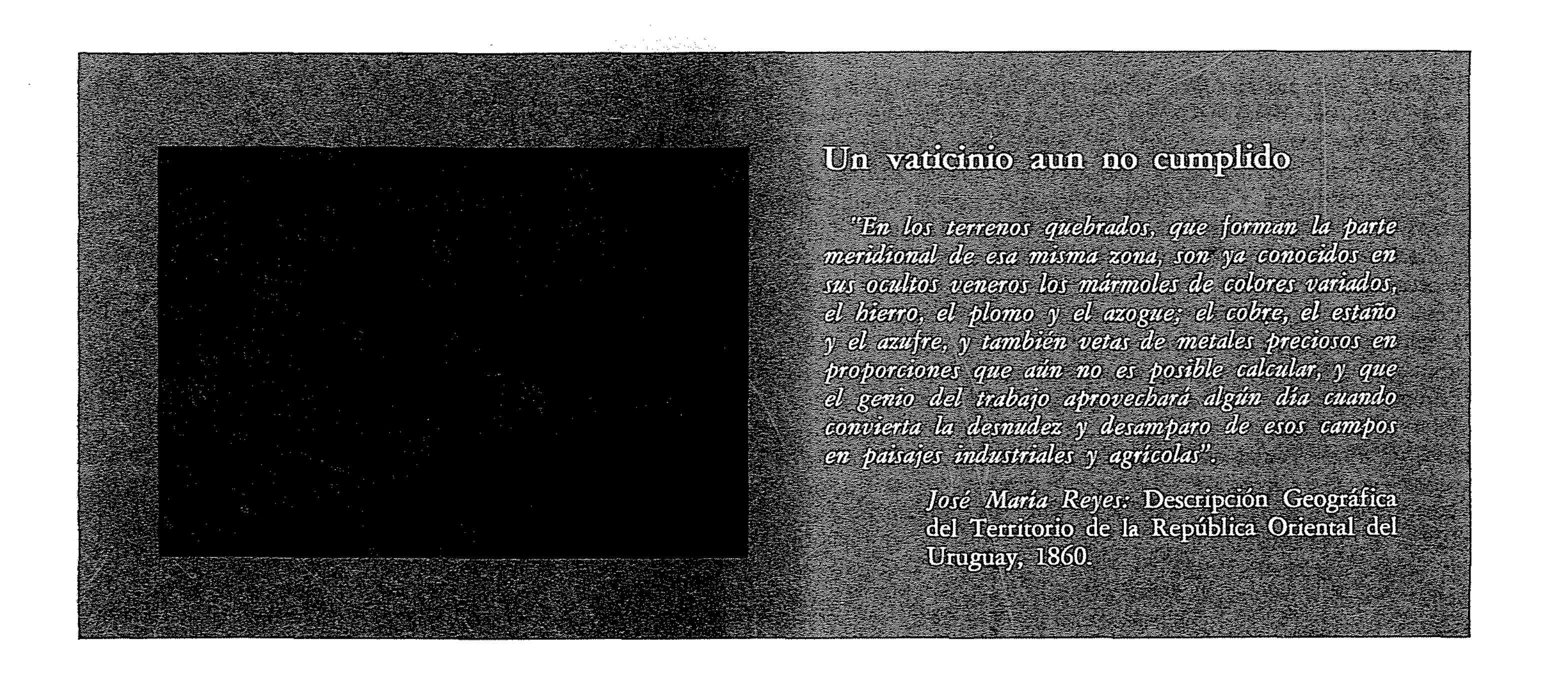
chan ranchos. Una sucesión caótica de tiempos hace saltar el termómetro del frío al calor; los caprichos alternos de los frentes ya nos ofrecen cielos límpidos, azules, o cielos amenazantes, aborregados, defendidos por torres de *cumulusninbus* que anuncian con un yunque blanquecino el martillo de la granizada. Hay años de sequía, años de lluvias ecuatoriales, años de verano e invierno bien definidos, años de estaciones trastocadas. El sur y el norte, el trópico y la Patagonia, la Pampa y la Mesopotamia, el Océano y la tierra adentro clavan como arqueros volubles las flechas de sus meteoros en el corazón indefenso de la Banda Oriental.

El mismo destino estuárico, aluvional, se repite con la flora, con la fauna, con las olas prehistóricas de indígenas cazadores, con los inmigrantes europeos. Todo el Uruguay es un gozne, una bisagra gigantesca sobre la cual una América gira al encuentro de otra; y es además un rincón, un nudo gordiano, una encrucijada de mundos minerales, zoológicos, botánicos, climáticos y antropológicos que se expresan en degradaciones del color y no en oposiciones cromáticas, en compromisos y no en polaridades, en melodías y no en ritmos.

Nuestros paisajes son de orografía doméstica, delicados, a veces algo tristes. Todo el país está hecho a la medida del hombre; posee un equilibrio sereno, destila una intimidad esencial. No hay regiones sino comarcas; no hay acentos sino énfasis sutiles: el verde se hace más o menos intenso, el cerro se desdibuja en cerrezuelos, la cuchilla se convierte en planicie costera, la desnudez de la roca se viste con pelusillas de líquenes, el monte achaparrado de las quebradas se yergue feliz y atlético en las islas fluviales, las alturas aplanadas del norte, en su viaje hacia el sur, se convierten en crestas, en marejadas de piedra, en cúpulas de granito ceniciento.



Esquema geológico (según I. Martínez, E. Viña y M. Navarrete de Lucas).



Un vaticinio aun no cumplido

"En los terrenos quebrados, que forman la parte meridional de esa misma zona, son ya conocidos en sus ocultos veneros los mármoles de colores variados, el hierro, el plomo y el azogue; el cobre, el estaño y el azufre, y también vetas de metales preciosos en proporciones que aún no es posible calcular, y que el genio del trabajo aprovechará algún día cuando convierta la desnudez y desamparo de esos campos en paisajes industriales y agrícolas".

José María Reyes: Descripción Geográfica del Territorio de la República Oriental del Uruguay, 1860.



Foto Daniel Vidart

Un paisaje casi lunar. Buzamiento de pizarras y filitas en las sierras del abra de Zabaleta (Lavalleja).

El esqueleto geológico y la epidermis del suelo

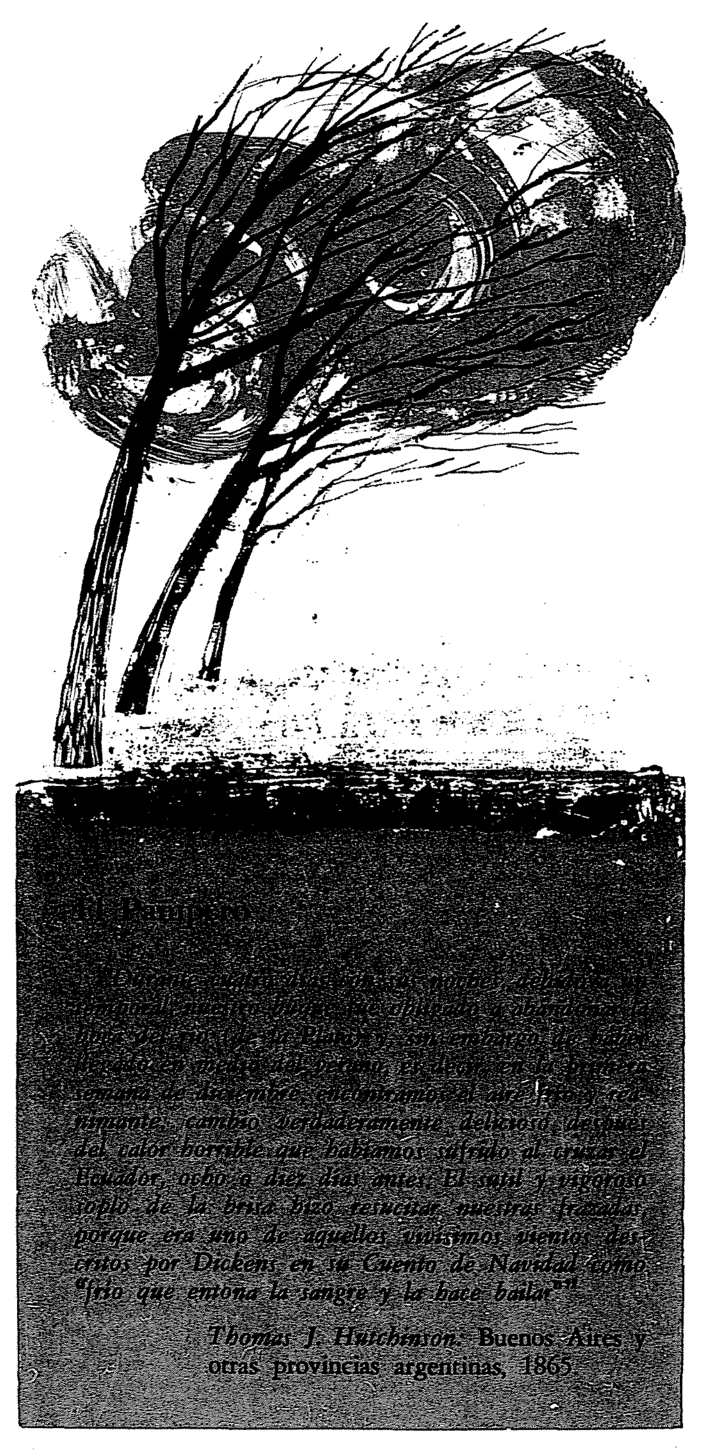
El inventario de las distintas formaciones geológicas del Uruguay distingue seis horizontes fundamentales. Las eras arcaica y algonquina, englobadas bajo el común denominador de tiempos precámbricos o edad primitiva, están representadas por el fundamento cristalino o Brasilia y la serie metamórfica y volcánica de Lascano, que se le superpone. Ocupa gran parte del sur del país y las islas basales de Rivera y Aceguá. Da lugar a la penillanura cristalina, un relieve de cuchillas con cumbres redondeadas que de pronto se levantan en cordones de serranías ya coronadas por crestas ásperas como en los cerros Marmarajá, de la Salamanca y Arequita, ya formando hemisferios de roca maciza como en el Pan de Azúcar, ya esculpiendo largos lomos de cetáceos como en las sierras de las Animas o la Ballena.

Durante las eras primaria y secundaria se originaron los depósitos marinos del Devónico, cuyas areniscas color sangre guardan las huellas de antiquísimas valvas nacidas en aguas cálidas, y el sistema de Gondwana, compuesto por sedimentos del pérmico y el triásico. Dicho sistema de Gondwana constituye la penillanura sedimentaria, cuyos puntos más altos son mesetiformes, a veces mamelonados como en el cerro de Batoví, en ocasiones escalonados como en el Miriñaque. Sobre estas capas esquistosas se superpusieron a fines de la era secundaria las lavas básicas de los volcanes-manto del sur del Brasil y así se originó la cuesta basáltica de Haedo, con pendiente hacia el Río Uruguay.

La era secundaria posee además una formación de importancia para la agricultura: las areniscas cretácicas que se extienden como un rosario de islas desde Paysandú a Soriano y desde Durazno a Canelones. Más importantes son todavía los depósitos terciarios de las capas de Fray Bentos, dispersas a lo largo de los litorales del Uruguay y del Plata.

Finalmente, clausurado este cortejo de terrenos, están los sedimentos pampeanos y postpampeanos que forman un irregular festón en las riberas del Río de la Plata y en las costas bajas, anegadizas, de la Laguna Merín.

La geología es el meollo del relieve y sobre ella se tiende la piel de los suelos. Refiriéndose a la delgadez general de dichos suelos opinaba así un sagaz naturalista del siglo XVIII: "al parecer, el país oriental de los ríos Paraguay y Paraná se compone de un peñasco de una pieza, cubierto de una costra tan delgada muchas veces que no es suficiente para el cultivo ni para que arraiguen árboles, quizá en una extensión de mil leguas cuadradas". (Azara: *Descripción del Paraguay y del Río de la Plata, 1847*). En ocasiones empero, el suelo se ahonda, se mulle, acoge un mantillo profundo. Y es así como en nuestro país aparecen lunares aptos para el cultivo intensivo, como sucede con las capas de Fray Bentos. Por otra parte el trabajo humano puede mejorar, bonificar y aún crear sue-



los cultivables. Entre nosotros ha arraigado una falsa ideología que achaca a la fatalidad geológica y a la mezquindad edáfica el perpetuo destino ganadero de la economía nacional.

Algo semejante ha sucedido con las riquezas potenciales de nuestro subsuelo, que jamás fue requerido con un repertorio tecnológico adecuado. No hay todavía una minería nacional pero existen yacimientos, algunos muy bien dotados, de metales, piedras finas y semifinas, de combustibles, de rocas utilizables para la construcción y la industria. No se ha efectuado una prospección a fondo del territorio. Cuando se instalaron compañías privadas la explotación fue de tipo depredador, como sucedió con las minas de oro de Rivera. Los esfuerzos actuales son modestos, limitados: todavía padecemos la maldición del siglo XVI, que degradó las tierras bajas de América al secundario papel de dehesas mientras tejía una exaltada alabanza de la plata de las alturas y el oro de las vetas andinas. Dicho desahucio resuena en las frases de Azara, quien, no obstante, reconoce la presencia de algunas posibilidades mineras: "Sabiendo que aquellos países son llanos, con pocas y no elevadas sierras se viene en conocimiento que no contienen minerales. Sin embargo en el pueblo de Concepción, hacia Maldonado, se encuentran granos de oro de buen quilate entre las arenas del arroyo de San Francisco, pero su escasa cantidad no creo pueda satisfacer los costos del lavadero. También me aseguraron que hacia el pueblo de San Carlos se ha encontrado rara vez alguna piedrezuela de cobre" (Obra citada).

Sin embargo en el Uruguay hay oro, y del bueno, en largos filones y placeres; hay inmensos escudos de hierro casi puro; hay soterrados viveros de manganeso, plomo y galena; y hay cubiletes de cobre, guarniciones relucientes de ágatas —que gentes silenciosas y sistemáticas acarrean hacia Alemania desde el siglo pasado—, tensas nervaduras de jaspes, rocas condecoradas por heliotropos, repujados caparazones de amatistas, lentejuelas de ónix que centellean como pupilas de gato montés.

Fuera de estos minerales codiciados existen mármoles de la mejor calidad; pizarras y filitas que se hojaldran en el corazón de los cerros; granitos y pórfidos que una vez pulidos parecen incrustados con alas de mariposas; esmeril, grafito, talco, calizas y arenas negras; turba en inimaginadas cantidades —los pantanos del este pueden proporcionar durante medio siglo energía eléctrica a todo el país—; areniscas de Tacuarembó con derramadas tonalidades que van desde el naranjo al amoratado y desde el rosa al cinabrio; y, naturalmente, el controvertido petróleo.

El suelo superficial del Uruguay es productivo y el subsuelo es rico. Sin embargo las deidades del pasto siguen reinando en las vastas extensiones colmadas de animales y pobres de industrias y de hombres.

Los tiempos caprichosos de un clima benigno

Una de las características más señaladas del clima uruguayo es la variabilidad de los tiempos. No alcanza con decir que tenemos un clima templado, húmedo, con largos y cálidos veranos. El hecho de ser nuestro país un campo de batalla entre los frentes fríos del sur y los frentes tropicales del norte provoca una esencial inestabilidad atmosférica. En pleno invierno irrumpe de pronto un veranillo súbito; en lo mejor del verano se cuelan días desapacibles, ventosos, que estropean el almanaque de los ocios playeros. Las temperaturas oscilan a lo largo de la semana y aún

del día. El promedio paradisíaco de los 17°2 de la media anual se ve desmentido por los excesos de calor en los bochornosos estíos del litoral salteño o sanducero y por los fríos casi polares que hacen descender el termómetro a -10° (en el 1967 bajó a -14°) en los departamentos menos favorecidos por el influjo regulador de la costa atlántico-platense.

En cuanto a las lluvias sucede algo semejante. El promedio de 1.000 milímetros anuales que caen en el país parece ser generoso. Pero hay que contar con la fuga de las aguas pluviales hacia los arroyos corriendo sin pausa en los interfluvios y calando apenas en los flancos de las cuchillas. Y sobre todo se debe pensar en la acción del viento que evapora velozmente la humedad de los pastizales y contribuye, con su acción mecánica y térmica, a imprimir un general carácter estepario a la vegetación de las praderas. Pero también hay años llovedores, con promedios semejantes a los amazónicos y años de seca, que desertizan grandes zonas del país, quemando los pastos y matando el ganado. No es el nuestro, por cierto, un clima ideal.

Larrañaga, que cruzó el país durante el invierno de 1815, se queja a cada página del frío nocturno y admira el "espartanismo" de Artigas y sus paisanos, que "le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miserias a su lado". (*Diario de viaje de Montevideo a Paysandú*, 1930).

Alcides D'Orbigny, en 1827, recorre el Uruguay, ahora durante el verano, y pondera la resistencia de los patriotas a los calores agobiantes: "Cuánto admiré entonces la simplicidad de esos valientes, consagrados a la defensa de su patria. Nunca tuvieron pan: carne por todo alimento; expuestos día por día al fuego de un sol ardiente y sin otro lecho de noche que el cuero (recado) que les sirve de montura [. . .]. Nunca pueden desvestirse. Cae el rocío sin impedir que esos bravos militares, hasta ayer pacíficos pastores descansen esperando el día [. . .]".

Cuando Azara describió el clima y los vientos de estas regiones se sorprendió de la humedad que reinaba en ellas: "En todas partes es la atmósfera tan húmeda, que toma los galones y los muebles. Principalmente en Buenos Aires los cuartos que miran al Sur tienen húmedo el piso, y las paredes expuestas al mismo rumbo están cubiertas de musgo" (Obra citada).

Pero este clima desparejo, de altibajos inesperados, hereje con el pobrerío urbano y rural que suda la gota en verano y castañetea los dientes en invierno, tiene sus compensaciones. No cae nieve; las temibles granizadas son poco frecuentes; y sobre todas las cosas hay un cielo bellísimo, profundo, que ya semeja un gran ojo zarco, ya un traslúcido aguamanil de jade, ya una laguna de cobalto navegada por nubes de oro. Saint-Hilaire sintió el sortilegio de nuestros cielos delicados y resplandecientes: "El aire de alegría que reina en toda esta región se debe, tal vez, y en parte, a la idea de riqueza y abundancia que sugieren tan excelentes praderas, y en parte, también, al color del cielo que es de un azul suave extremadamente agradable a la vista, y a la luz, que sin deslumbrar como en los trópicos, tiene un esplendor y un brillo desconocido en el norte europeo".

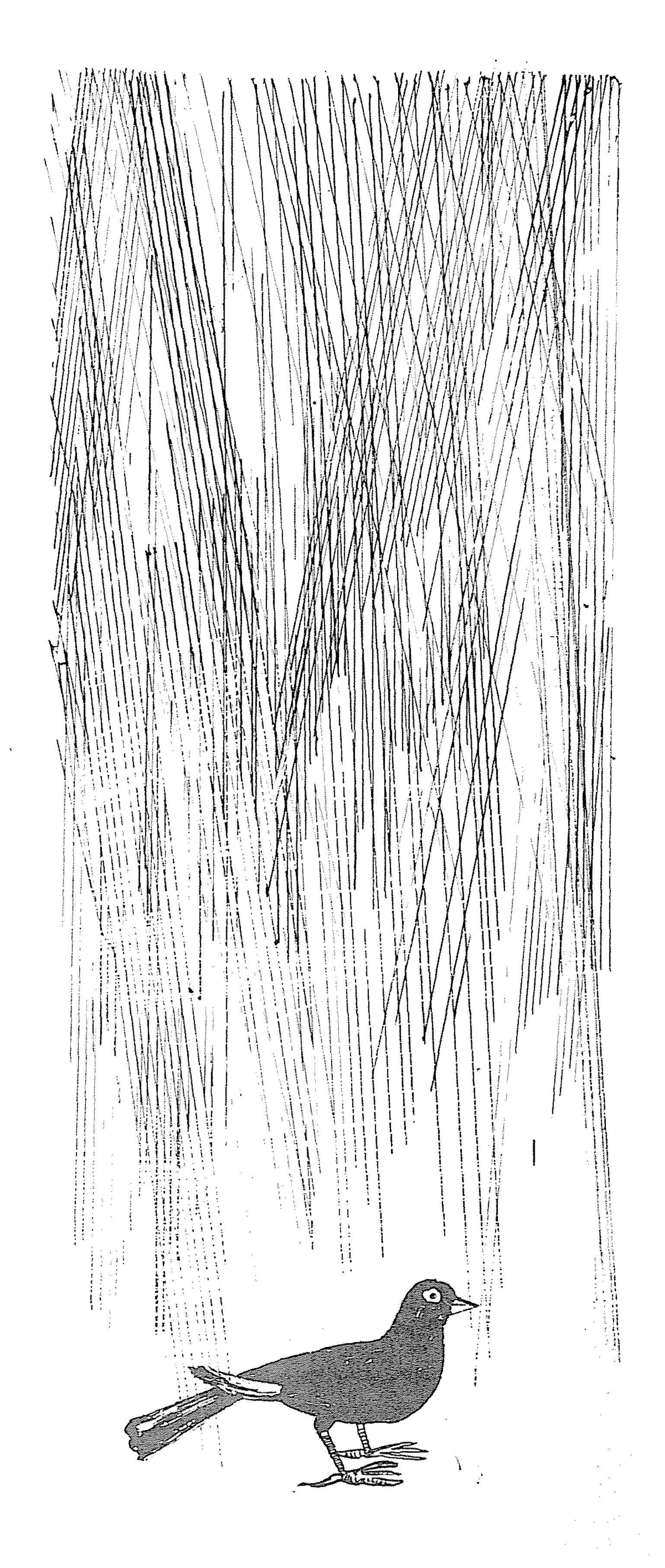




Foto Daniel Vidart

La gran penillanura

Hasta hace algunos años se nos exigía en las escuelas y liceos el recitado de las cuchillas que formaban el sistema de Haedo al norte del Río Negro y el sistema de la cuchilla Grande al sur del mismo. Un complicado nomenclator, prolijamente memorizado, sustituía, con el detalle del dato concreto, las visiones generales y los conceptos básicos acerca de nuestro relieve. Por otra parte los viejos mapas esquemáticos ofrecían una errónea representación del sistema de cuchillas: al igual que las ramas de un árbol aquéllas se desprendían, simétricas y equilibradas, de los grandes troncos orográficos, simplificando excesivamente la realidad, bastante más rica, de la topografía nacional.

La geografía contemporánea reconoce tres zonas estructurales —la penillanura, la llanura y la serranía— y propone una zonificación del relieve en seis comarcas que poseen caracteres propios: el valle del Río Uruguay, la cuesta basáltica de Haedo, la llanura rioplatense, la penillanura cristalina, la penillanura sedimentaria, la llanura atlántica y el cordón serrano. Puede llamarse penillanura basáltica a la cuesta de Haedo y elevar la categoría hipsométrica de la penillanura cristalina a penicolina, pero estos cambios de denominación no alteran el panorama zonal. No debe caerse, empero, en el extremo de señalar distintas regiones geográficas en el Uruguay. Todo nuestro territorio pertenece a la región que algunos, teniendo en cuenta la vegetación herbácea predominante, llaman equivocadamente pampeana, y que otros asimilan a la Mesopotamia argentina y al sur de Río Grande para forma así, atendiendo a las características del relieve, la región de las penillanuras sudoccidentales de América atlántica.

Un viaje por el Uruguay permite apreciar el casi insensible paso de unas comarcas a otras. Solamente en el este existe un relativo contraste de relieves. Quien ascienda el cerro Picudo, en la Sierra de San Miguel, divisará el anegado horizonte de los esteros y lagunas de la llanura atlántica que comienza al pie mismo de las elevaciones de aquélla. El nombre "cuchilla" es correcto, por ejemplo, en el caso de los filosos lomos de los buzamientos de pizarras minuanas que, a la altura de Aguas Blancas despanzurran el vientre de las nubes bajas. Sin embargo el término designa todas las divisorias de agua que ondulan la mayor parte de los campos orientales. Entre cuchilla y cuchilla corren cañadas, arroyos, ríos en ciernes. Las aguas, a lo largo de millones de años desgastaron, con su acción mecánica y química los antiguos macizos cristalinos de la Brasilia que en la era primitiva emergían como picos imponentes, rodeados por mares cálidos hirvientes de peces, de crustáceos, de algas asociadas en verdaderas selvas submarinas. Del mismo modo los horizontes de areniscas y de lavas, correspondientes a las penillanuras sedimentaria y basáltica, al ser erosionados por la incesante labor del agua meteórica, pluvial y fluvial, dieron luz a los cerritos mochos, a las alineaciones tabulares, a las mesas alargadas tan frecuentes al norte del Río Negro.

Las sierras uruguayas son cuchillas con vocación de montaña, pero no pueden alcanzar su intento. Apenas si sobrepasan los 500 metros en el Mirador Nacional de la Sierra de Animas; en otras zonas como en el macizo de los Sosa o en las salvajes y hermosas Sierras de la Aurora,



Por entre las pétreas mandíbulas de la gruta de Salamanca, en la sierra de Sosa (Maldonado) se avizora la llanura aluvial y los cerros lejanos.

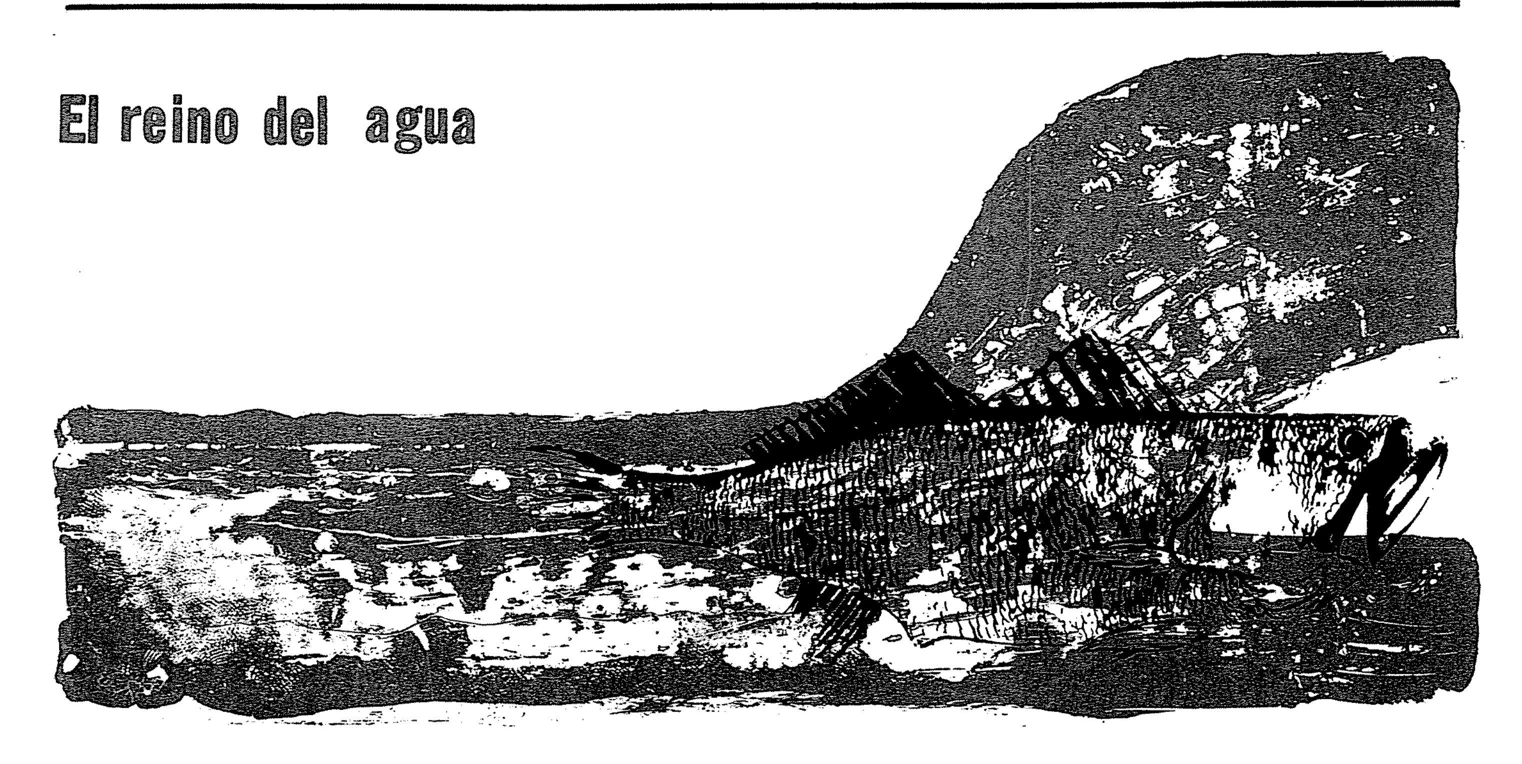
presentan paredes acantiladas, barrancos profundos, desgarramientos por donde ruedan aludes de helechos o la espina de la cruz hinca sus garfios durísimos. En muchos lugares el cerro emerge solitario, como un gran hongo o una caperuza, entre las cuchillas modestas o la llanura circundante. En otras hay como un inmóvil remolino de rocas, como un arrecife de grandes bloques desvencijados por las raíces de los talas: son las asperezas o "mares de piedra" que atormentan con su caos mineralizado el verde vaivén de las colinas.

La toponimia indígena y la criolla ha denominado con acierto e interés onomástico a los cerros pues eran —y son— los miradores de los paisajes, los hitos que orientaban a los jinetes en las inmensidades del espacio y las soledades de la demografía. Hay así denominaciones que señalan las similitudes evocadas por las características físicas de cada cerro: Chapeu (sombrero), Buena Vista, Cerro Largo, Picudo, Penitente, Vigía, Tetas, Mangrullo, Mortero, Copetón, Malbajar, Pelado, Feo, Redondo, Pan de Azúcar, Tambores. Otras veces son nombres de animales o plantas: del Ombú, de los Claveles, de las Chilcas, Gatos, Conejo, Lechiguana, del Tigre, del Toro, del Aguila, Tórtolas, Palomas, Avestruz. En ocasiones se tiene en cuenta el número de cerros que irrumpen en el paisaje: Once Cerros, Dos Hermanos, Tres Cerros. Muchas veces los viejos vecinos perpetúan, como recuerdo de su paso por el mundo, su nombre, ya sin contenido carnal, en el continente orográfico: Valeriano, Navarro, Verdum, Vera, Ferrara, Travieso, Doña Matilde, Albornoz, Basualdo, María Piquí, Padilla, Tía Josefa. Otras veces se recurre para caracterizar las alturas a construcciones adyacentes o fenómenos naturales: Sepulturas, Manguera, Portón, Tahona, Manantiales, Piedras de Afilar. Y finalmente está la toponimia guaranítica, que sustituyó con el nomenclator de los lenguaraces misioneros los primitivos nombres de origen charrúa: Arecuá (cerro de la cueva alta), Batoví (seno de mujer), Itacabó (piedra lisa), Tupambaé (cosa de Dios), Carumbé (por el arroyo próximo también así designado, que traducido equivale a "arroyo de las tortugas"), Guaycurú (muchacho sarnoso), Ñapindá (uña de gato), Guazú-Nambí (orejas de venado).

Hasta el alambramiento de los campos la gran penillanura fue una ruta indiferenciada. Por el lomo de las cuchillas circulaban las carretas, señalando la ruta natural a los futuros caminos reales, a las carreteras hoy alquitranadas. Los jinetes recorrían libremente todos los rincones del territorio; el río se atravesaba por los pasos, después de haber buscado la "picada" a través del monte bajo y espinoso que lo marginaba; las sierras se cruzaban por las abras; solamente el bañado lleno era un obstáculo invernal que preservaba y aún preserva el esplendor salvaje de la fauna y la potencia paisajística original en muchos lugares de la llanura atlántica. La vivienda humana se levantó en las partes altas, coronando las cuchillas: se escapaba así al molesto velo de las nieblas matinales y se avizoraba, desde un mirador, el peregrinaje de los viajeros, el merodeo de las fieras, el deambular de los ganados.

El relieve del Uruguay, manso, femenino, epilogal, posee gracia, no avasalla el espíritu de los hombres con moles infranqueables, no separa al país en compartimentos estancos, no aburre como el agrio billar de la pampa ni asfixia como el techo ventoso de la puna.

El reino del agua



El Uruguay, si bien tiene un contorno macizo, con las costas rígidas, casi ayuno de bahías y penínsulas, está rodeado por las aguas. En la frontera con el Brasil corren los ríos Cuareim y Yaguarón y sus respectivos tributarios; hacia el sudeste de aquélla espejea la gran masa acuática de la Laguna Merim. Por el sur se encuentran el Río de la Plata y, en el sureste, el Océano Atlántico. De la Argentina lo separa el gran eje del Río Uruguay que no solamente nos ha dado el nombre sino que ha conformado lo que histórica y geográficamente se denominó la Banda Oriental. Y dentro de ese perímetro de aguas el país abre los incontables sistemas dendríticos de su arboleda fluvial. Ríos, riachos, arroyos con pretensiones de río, arroyitos humildísimos, cañadas mortecinas, manantiales serranos que suman sus hilos de agua friolenta para iniciar el veloz declive de los torrentes, sangradores y cañadones que se colman de materia barrosa y erosiva en el tiempo de las lluvias, todo este conjunto de corrientes mayores, menores y medianas conjugado en cuencas, se dirige hacia sus respectivas vertientes, irriga, vascularizándolo, el cuerpo telúrico de nuestro país.

Camino a las serranías

"Era la una del día. El sol caía a plomo, encandeciendo la tierra y aplastando los pastos ruines que habían sobrevivido a la seca. Para dominar el paisaje subí a una pequeña altura, y desde allí pude divisar la sierra con todos sus accidentes. Ya no era aquella muralla compacta, azulada por las brumas matinales, que había visto desde las cuchillas de Toledo. Ahora se distinguían los cerros, y se veían las hondonadas sombreadas con los matorrales de espina de cruz, de chilca y de esas otras plantas de follaje oscuro que crecen entre las breñas. Mirando hacia Minas veía a mi derecha la cordillera que nace en la costa del mar con el Pan de Azúcar y que cruza todo el territorio internándose en el Brasil.

—¿Ve Ud. ese cerro redondo que tenemos por delante, aislado de la cadena de la serranía?— me dijo un caballero que hacía el viaje en el pescante...

—Sí, veo, le contesté.

—Pues nosotros vamos a pasar precisamente por el pie de ese cerro, que es el de Verdún. La abertura que se ve a la derecha es el abra de la Coronilla, y por la izquierda va el camino real. De allí ya veremos el pueblo de Minas..."

..."Todo un paisaje se abre por delante. Es el valle verde, risueño, vestido de árboles serpenteando de arroyos, rodeado con un marco de cerros, y en el centro, blanqueando la villa de Minas, con sus casas doradas por los rayos tendidos del sol poniente.

...A lo lejos se divisan los acantilados de Arequita, los conos simétricos de los Campaneros, y en todo lo que la vista abarca, no se ven más que cerros y cerros, que semejan un mar encrespado de olas gigantescas".

Marzo, 16 de 1883.

Daniel Muñoz (Sansón Carrasco): Artículos, 1953.

El Río Negro divide al Uruguay en dos sectores. Al norte se halla la Cuchilla de Haedo y sus ramales; al sur se levantan los contrafuertes y macizos de la Cuchilla Grande. Ambas cuchillas han sido lijadas, excavadas, fragmentadas, palpadas con deleite táctil por las aguas de los arroyos y los ríos. La superficialidad de la roca madre-granito, gneiss, basalto, pizarras — determina que las corrientes se deslicen sobre cauces duros, de piedra viva, libres de aluviones. Entonces las aguas transparentes, frescas, brotadas de las quebradas, fluyen como un vidrio líquido, irisado por momentos, hirviente de espuma, por los cursos estrechos, en busca de las partes bajas donde aguardan los sauces y los sarandíes. Si los sedimentos son espesos y la napa de mantillo cobra importancia, sea en el horizonte cretáceo, el pampeano, o las capas de Fray Bentos, las aguas pierden su limpidez, arrastran légamo y cieno, se enrojecen con la tosca o negrean entre los sembrados de las chacras canarias.

Las múltiples corrientes de agua de nuestro paisaje tuvieron una doble virtud convocatoria: los árboles del bosque indígena se agruparon en sus proximidades y la vivienda humana buscó, ayer y hoy, sus cercanías. Pero no se debe pensar en la vivienda ribereña, ya que las crecientes siempre fueron una amenaza para aquélla, sino en la existencia de la vivienda rural, dispersa, determinada por la facilidad de hallar agua en el arroyo, la cañada o la cachimba. El lugar predilecto del asentamiento humano, sea el rancho mísero, sea el casco de estancia señorial, ha sido siempre el de las tierras enjutas, faldas o cimas de lomas, con el agua al pie. No hay oasis que concentren la vivienda uruguaya en largas cintas fluviales o lunares de humedad en medio de los campos resecos. Somos un país del agua en la misma medida que somos un país de tierra adentro. Pero nuestras cañadas y arroyos, que aplacan la sed del ganado y la del hombre, que corren entre engramillados interfluvios, no tienen valor económico. En la penillanura sedimentaria las areniscas impiden que las corrientes disfruten de cursos regulares; durante el verano el estiaje deja al aire libre los álveos blanquecinos o barrosos; en el invierno las lluvias reiteradas provocan crecientes que si bien duran poco muchas veces son destructoras. La navegación interior no existe. Se han construido, y esto es imprevisión del hombre provocada por la constante presencia de un sistema hidrográfico engañoso, muy pocas represas: la de Solís de Mataojo, la de Canelón Grande, la de San Francisco, no alcanzan para enjugar la inmensa orfandad de irrigación permanente que padece nuestro campo pecuario y agrícola.

Y al igual que los arroyos los ríos son también, en lugar de "caminos que andan", caminos que tropiezan. El Uruguay, otrora surcado por balandras y activas mensajerías fluviales, hoy es un río solitario. La competencia del ferrocarril y la carretera han liquidado la navegación en gran escala. Además está el obstáculo de los saltos, de las restingas, de los bajíos donde el agua parece hervir en un molino de ágatas pulidas. El Río Negro, jerarquizado por las represas energéticas de Rincón de Bonete y Rincón de Baigorria, tampoco sirve para ser navegado: bucles innumerables, bajos fondos, albardones, desniveles de 17 metros entre el estiaje y las crecientes, impiden su utilización para el transporte. De pronto surge, solitariamente, un río como el Santa Lucía, humanizado intensamente, que justifica el viejo maridaje entre la civilización y el agua. Y si todas las ciudades y pueblos del interior poseen en sus flancos un río o un arroyo no es para viajar por sus aguas chambonas e inservibles. Existen núcleos poblados que tienen su origen en un apostadero, en un punto de espera provocado por el obstáculo de las aguas crecidas que frenan el paso de los hombres; y, todos, de alguna manera u otra, se abastecen con el agua superficial o subterránea de sus proveedores naturales.

El agua fluvial configura una constante en el campo uruguayo. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, sigue valiendo como naturaleza y no es transformada en cultura.

El agua ha sido hasta hoy una presencia permanente en el interior o en las costas, si bien no determina una economía ni una mentalidad asentadas lejos de la tierra firme. Esto no quiere decir que un día los uruguayos puedan convertirse en hábiles pescadores o llenen el país de represas que irriguen los campos y fabriquen energía. La historia y la geografía no son fatalidades incambiables: señalan caminos, pero el hombre puede escoger, voluntaria y racionalmente, otros más aptos y adecuados a la exigencia de los tiempos.

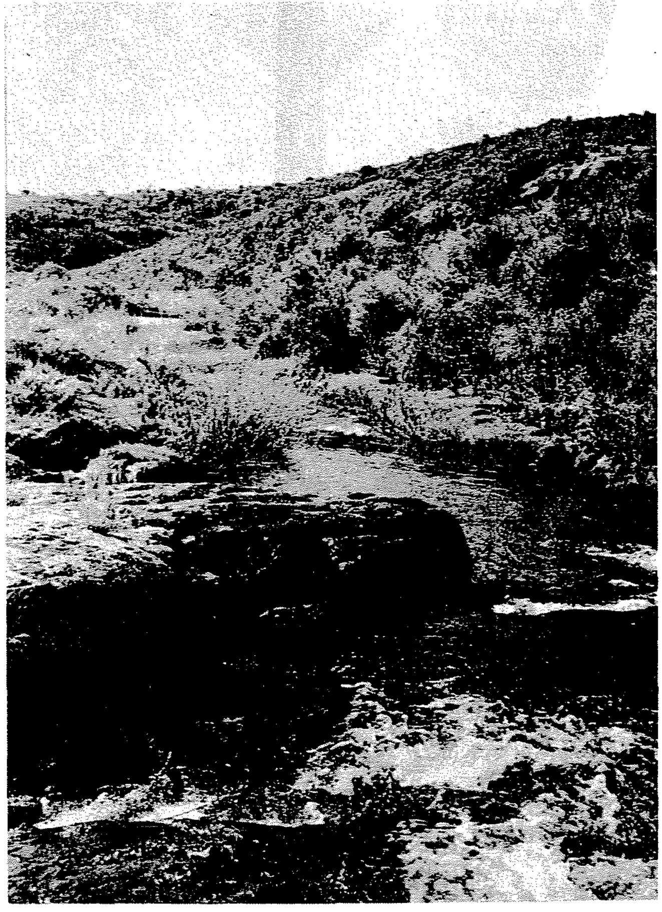


Foto Daniel Vidart

El Mataojito (Aguas Blancas, Lavalleja) recién nacido, dispara sus aguas transparentes y ágiles de torrente serrano hacia las tierras bajas.

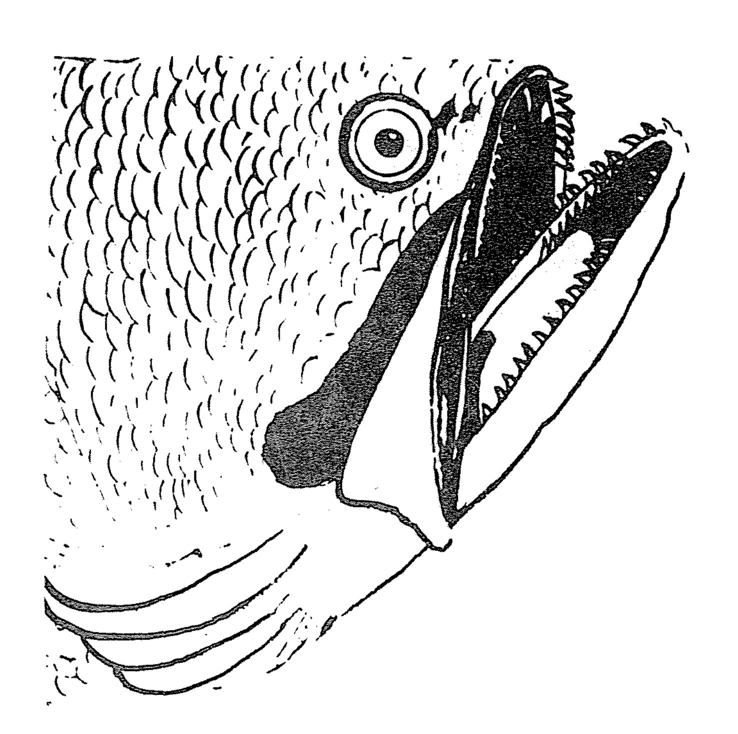
La flora y la fauna

A lo largo de los capítulos anteriores se insinuaron una y otra vez las características botánicas de nuestro territorio: un predominio casi absoluto de los pastos sobre arrinconados bosquecillos serranos y bosques-franja a la orilla de los ríos y arroyos. Domina un pronunciado carácter estepario en la vegetación natural del país cuyas características sugirieron a los botánicos la formación de una Provincia Uruguayense. Las hierbas forman un tapiz de gramíneas y leguminosas que, en los bajos húmedos, verdea en los tallos y hojas tiernas, mientras que en las alturas de las cuchillas los pastos son duros, ásperos, agresivos. La presencia de la ganadería a partir de los primeros años del siglo XVII modificó intensamente las primitivas asociaciones herbáceas: el pisoteo, el estiércol, el trasporte intestinal de las simientes, la poda dental, todos estos factores transformaron la ecología vegetal prehispánica. La vegetación asume distintas características en el bañado que ocupa vastas zonas en la llanura atlántica. Juncales, tiririca, camalotes, repollitos de agua y otras especies tapizan las vastas extensiones de agua estancada, coronan los "terremotos" de los indios, se aprietan en espinosas maciegas donde brillan las hojas como espadas. Allí viven las aves zancudas y pululan las sanguijuelas; en los pajonales reptan las víboras de la cruz; y horadando el cielo, a fabulosas alturas, más arriba aún que los cóndores cordilleranos, vuelan los chajás.

En las praderas existen, a veces, formaciones arbustivas. El gran arbusto —y no árbol, como muchos creen equivocadamente— que concita en derredor de su sombra el descanso, la vida doméstica y el ocio de los hombres es el ombú. También están los chilcales, ese azote del suelo, que, conjuntamente con el cardo de origen español y el abrojo, condenan vastas extensiones a la condición de eriales alimenticios.

Las especies arbóreas del bosque indígena son múltiples. A lo largo del Río Uruguay y en sus islas había grandes, a veces inmensos, árboles que cada vez escasean más, abatidos por el hacha de los leñadores. Todavía alguno que otro timbó levanta su copa de globo cautivo sobre el bosque circundante y traza un vasto círculo de sombra en derredor de su tronco venerable. Los bosques, siempre poco abundantes en relación con las praderas, se adensan en las confluencias de los ríos. En el Rincón de Pérez, Paysandú, y en las cercanías de Pirarajá, Minas, los ríos Queguay y Cebollatí poseían hasta hace pocos años verdaderas selvas de árboles bajos, fornidos, espinosos, de hoja pequeña, brillante como quitina de cantárida. Y entre esos

El mundo zoológico y botánico de la Banda Oriental...



árboles apretados se tendían lianas gruesas, formando vallas interiores, y grandes enredaderas abrían sus flores extrañas al goloso vuelo de los abejorros y las mariposas. Muchos árboles del monte criollo están erizados de agudas espinas, algunas largas como puñales, que dificultan el paso de los hombres y los ganados. Sólo los cimarrones humanos o zoológicos —el matrero y la vaca alzada— se adentraron en la maraña para huirle al aire libre y a los días abiertos; sólo los montaraces, unas criaturas fuera de serie en el mundo rural, se meten en su matriz húmeda, oscura, para hacer cantar el hacha de sol a sol y levantar gigantescos hornos de carbón aterciopelado.

El bosque serrano es todavía más menguado, más petizón. La falta de agua y la escasez de mantillo hace que los troncos sean enjutos y las hojas tengan colores oliváceos o blanquecinos. En el regazo de los manantiales, al socaire de las grutas y las cornisas de piedra, crecen los helechos, los culantrillos, las calagualas, todo un séquito de plantas umbratícolas cuyas hojas jugosas, taraceadas con fina simetría, tiemblan al menor soplo de la brisa caliente que se despeña de los cerros. Más arriba, en las cumbres, arden las flores amarillas de las tunas, remolinea el herrumbre de los líquenes y la sanguinaria espina de la cruz abre sus brazos duros, solitaria como una viuda sin amor.

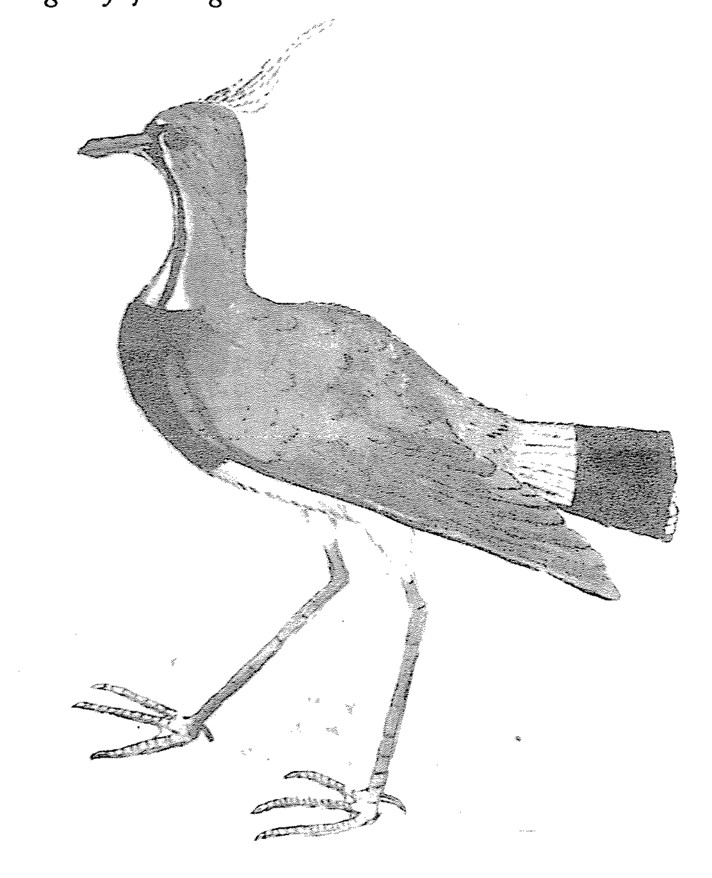
A lo largo de una diagonal que va desde Castillos a Paysandú y en las sierras del noreste, ejércitos de palmeras levantan sus penachos sobre el pedestal de los troncos gráciles, femeninos, a veces oprimidos por el abrazo del higuerón, un asesino amante vegetal. Son la palma butiá, la palma yatay, la palma chirivá y, en un marginalizado litoral del Río Uruguay, la palma caranday, bastante distinta a sus esbeltas hermanas.

Pero a no engañarse: podemos dedicar páginas y más páginas a describir los árboles, sus características singulares, sus asociaciones boscosas, sus isletas apacibles, sus frutos y flores, sus planetarios de plantas parásitas, y, sin embargo, debemos conformarnos con menos de un 3 % de montes naturales en el territorio nacional. Somos los habitantes de un país de pastos sobre los cuales bramaron los toros y jinetearon los gauchos. El común denominador de nuestros paisajes es la pradera exaltada por los cantores bucólicos de la ganadería y los descendientes del patriciado, cuyo destino, señalado por la naturaleza, debe ser rectificado por el trabajo de los hombres.

La fauna uruguaya ha perdido sus representantes más temibles. Ya se extinguieron el yaguareté y el puma, los tradicionales devoradores de ganado. De ambos proporciona una atractiva descripción el viajero inglés J. A. Beaumont: "El jaguar o tigre de Sud América tiene manchas muy semejantes al leopardo de Asia. Este animal vive entre tanta abundancia que no es nada feroz y huye de la presencia del hombre, salvo que lo ataquen o lo persigan de muy cerca. Se le encuentra principalmente en las islas y en las márgenes de los ríos donde se diverte pescando. Atrae a los peces al borde mismo del agua vertiendo su propia saliva sobre la superficie y cuando se aproximan los saca del agua con un zarpazo. También da caza al carpincho o cerdo de agua y se arroja sobre la mayoría de los otros animales que se ponen a su alcance. Con mucha frecuencia cruza los anchos ríos en busca de alimentos. Yo vi estos jaguares dos o tres veces en las orillas de los ríos.



...encontró en Larrañaga un intérprete sagaz y fidedigno.



El león no es comparable a su homónimo africano... tiene el cuerpo largo, la cabeza pequeña y redonda, el cuello delgado y débil; es de color amarillo claro; nunca llega a la mitad del tamaño del león africano y no se le encuentra con tanta frecuencia como al tigre". (*Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental* 1826-1827). Otro mamífero típico como el oso hormiguero o tamanduá, que vivía en los montes del Cuareim, también ha desaparecido. De los cientos y miles de venados que recorrían los campos desiertos, proporcionando abundante alimentación a los indios, ya quedan muy pocos representantes. Sobreviven los carpinchos, los zorros, los armadillos (mulitas), las comadrejas, los zorrinos; escasean los hurones; aislados en los albardones que coronan los esteros los ciervos de bañado se resignan al ocaso de su especie.

Como lo anotara Buffon, al referirse al menor tamaño de las especies de América con respecto a las del Viejo Mundo, nuestra fauna de mamíferos es de corta talla. Participa de los caracteres de la andino-patagónica y la guayánico-brasileña, cumpliendo una vez más, puntualmente, con el signo estuárico, de encrucijada, que caracteriza al país.

El reino de las aves mantiene, como en los antiguos tiempos, su principalía. No en vano el Uruguay fue llamado el río de los urúes (gallinetas), aunque en la escuela se poetiza la etimología, convirtiéndola en "río de los pájaros pintados".

El ñandú o avestruz americano ya se ve poco en los campos del sur; pero el innumerable muestrario de los pájaros conserva sus cardenales, sus calandrias, sus zorzales, sus churrinches que resplandecen como brasas, sus negras bandadas de tordos, sus tórtolas delicadas, sus chingolos melancólicos. También las rapaces, aunque disminuidas, mantienen el dominio aéreo en las zonas serranas: buitres de cabeza pelada, cuervos y águilas moras describen en lo alto lentos círculos, clavando sus ojillos telescópicos en las ovejas, en los cuises que duermen al sol, en los flacos vacunos agonizantes.

En las épocas prehistóricas la singular abundancia de la fauna terrestre y acuática permitió que las parcialidades indígenas disfrutaran de una alimentación permanente y accesible. Los lobos de las costas atlánticas se adentraban en el Río de la Plata; los surubíes y dorados de los ríos, las perdices y los ñandúes, toda una vastísima gama de especies abastecía al indio, y del mismo modo luego sirvió al habitante criollo de nuestras soledades rurales. El tamaño de la fauna uruguaya, poco significativo, estuvo y está compensado por un pulular diurno y nocturno que los cazadores por vicio o por necesidad aprovechan para llenar sus morrales o para recolectar plumas y cuerear finas pieles de lobo fluvial, de nutria y carpincho, de lagarto y de víbora.



Primitivo nombre del Río de la Plata

"Antes que los españoles descubrieran el río de la Plata, los salvajes que habitaban sus orillas daban a este río el nombre de amara-mayu, *derivado de* amara, *grandes culebras que se encuentran en variedad infinita en las montañas de donde descienden muchísimos ríos que vienen a desembocar en este ancho río, y* mayu, *río en su idioma".*

Louis Feuillée: Journal, 1742.

Lo que vio Lopes de Sousa desde la cumbre del Cerro

Lunes 23 de diciembre. Salí fuera del estero; como venteaba mucho viento sudeste me metí en un puerto situado al oeste del monte de San Pedro (actual cerro de Montevideo); este monte tiene un puerto al este y otro al oeste; aquí desembarqué y me adentré en tierra; maté muchos avestruces y venados y subí con toda la gente a la cumbre del monte de San Pedro, desde donde veíamos campos hasta donde alcanzaba la vista, tan llanos como la palma de la mano; y muchos ríos, arbolados a lo largo de ellos. No se puede describir la hermosura de esta tierra; son tantos los venados, gacelas, avestruces y otras alimañas del tamaño de potros recién nacidos y de su aspecto que el campo está todo cubierto de esta caza; nunca vi en Portugal tantas ovejas ni cabras como venados en esta tierra. Por la tarde retorné al bergantín".

Diario de viaje, 1531.

Las costas uruguayas en el testimonio de los primeros cronistas

Se ha perdido el Diario de Viaje de Solís, continuado por Francisco Torres luego de la muerte de aquél en 1516 a manos de los caníbales guaraníes (y no charrúas como vulgarizó equivocadamente el padre Lozano). De los diarios de viaje de Francisco Albo, contramaestre de una de las naves de Magallanes, y del pintoresco Antonio Pigafetta se deduce que el gran marino portugués llegó hasta la altura de Colonia en enero de 1520. Escriba Pigafetta: "... encontrando allá, junto a un río de Agua dulce, a unos hombres que se llaman *caníbales* y comen la carne humana. Acercósenos a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante para garantizar a los otros. Tenía un vozarrón de toro. Mientras éste permaneció en la nave, los otros recogieron sus enseres y los adentraron más en la tierra, por miedo a nosotros. Viendo lo cual, saltamos un centenar de hombres en busca de entendernos algo, trabar conversación; por lo menos retener a alguno. Pero huían, huían con tan largos pasos, que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas". Y en dicho río desemboca otro "que tiene de boca 17 leguas. Río, junto al que, en ocasión anterior, y por fiar demasiado, un capitán español, por nombre Iohan de Solís, fue devorado por los caníbales..." *Relación del primer viaje alrededor del mundo,* 1536.

En los primeros meses del año 1527 llega Gaboto a nuestras costas. Santa Cruz y Junco, dos participantes de la excursión, informan de la misma al historiador Fernández de Oviedo quien escribe: "Y a la boca del río están los jacroas [se refiere a los charrúas], que es una gente que se sostiene de montería de venados y de otros animales llamados apareaes [apereás o conejillos de Indias]..., y también tiene esta gente muchos y buenos pescados de aquellas riberas y costas. Hay en aquella tierra unas cebolletas debajo de tierra, que es buen manjar para los naturales y aún para los españoles [¿los macachines?]...; hay raposos y corzas a manera de lebreles, como leones pardos [pumas]". *Historia general y natural de las Indias,* 1535.

Ya se dejan entrever los hombres, los animales y algunas plantas de las que serían luego las tierras uruguayas. Cuando en 1531 entra Pedro Lopes de Sousa en el río de Santa María (el de la Plata, quizá llamado así por el navegante portugués por estar más allá del Cabo Santa María) dice que "pasando adelante de la isla [la de Flores] descubrí un alto monte al que puse nombre —monte de San Pedro— [...] hasta el pie de este monte la tierra es toda rasa y muy hermosa". El Monte Vidi de la expedición de Magallanes se convierte en Monte San Pedro en la toponimia de Lopes de Sousa. En cuanto al país, al cual baja a hacer noche y abastecerse, lo describe como "la tierra más hermosa y apacible que vi; nadie se cansaba de mirar los campos y la hermosura de ellos".

Cuando llega a la altura de la isla Martín García se dedica a la pesca: "aquí estuve toda la noche pescando; saqué mucho pescado y ninguno era como los de Portugal: había peces de la altura de un hombre, amarillos [¿Surubíes, dorados?] y otros negros con pintas rojas [¿patíes?] los más sabrosos del mundo".

Muy poco se dice en los primeros viajes de la naturaleza del territorio. Los holandeses del "Mundo del Plata" que andaba por nuestras costas en el 1599 arañaron las islas, mataron lobos en la isla homónima, y, a lo lejos, vieron el Monte Seredo (Montevideo). Frente a las costas de Rocha el piloto Henrich Ottsen escribe: "Esta isla de Castilla (Castillos), según puede uno darse cuenta de ello mide, más o menos, dos leguas de largo; es un país llano sin matorrales ni árboles; por el norte se encuentra una colina, y la playa tiene aspecto rojizo; se ve también por el lado norte un peñasco que parece un castillo en ruinas; otras dos peñas redondeadas se alzan también por el lado sur. La tierra firme se extiende por el oeste desde donde la vista alcanza a la isla [...] en su parte media tiene aspecto blanquecino..." (Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam, 1603).

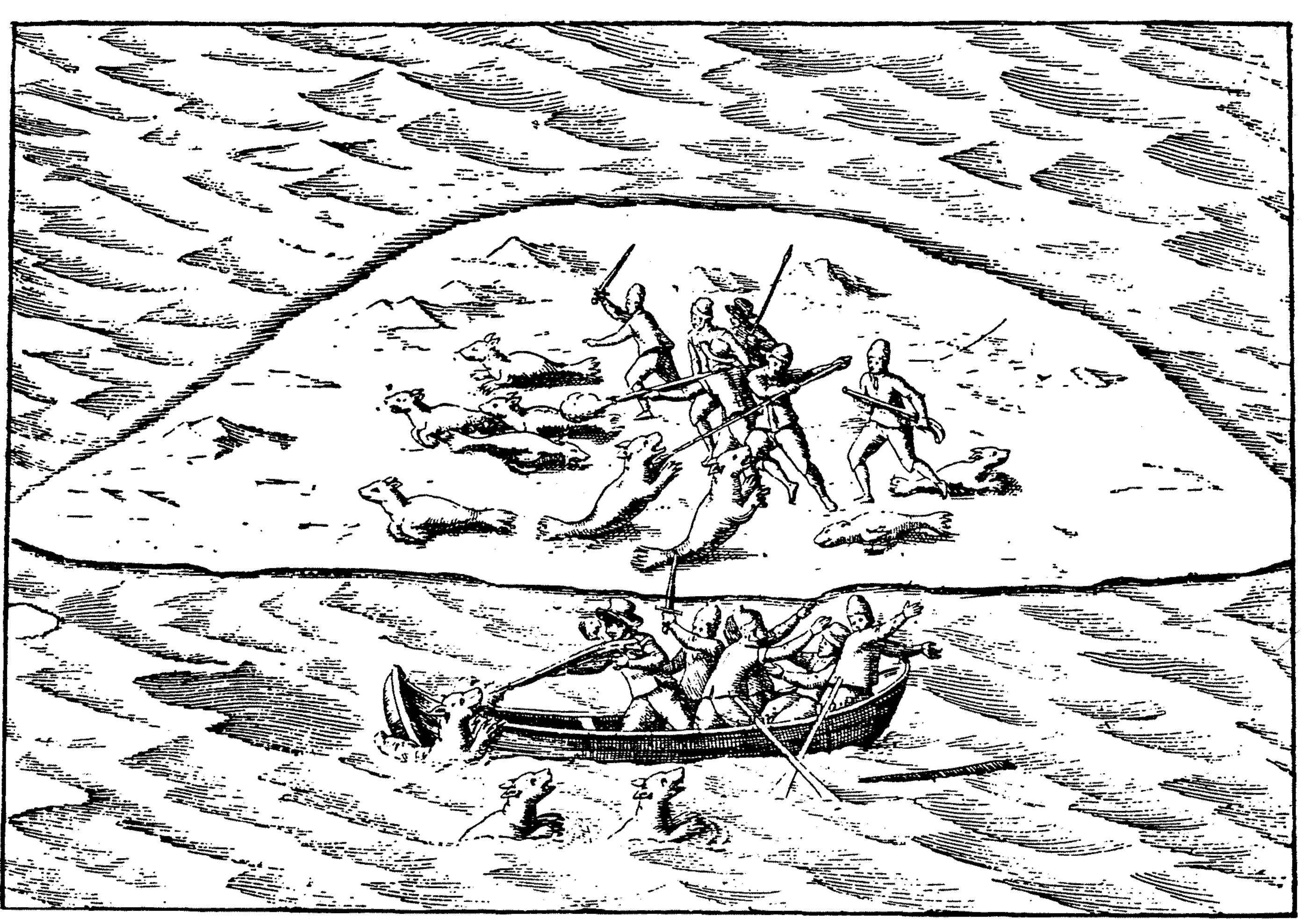


Foto Daniel Vidart

Hernandarias explora la tierra adentro

Hay que aguardar la expedición de un criollo, Hernando Arias de Saavedra, para que la verdadera naturaleza —económica y no estética— de la tierra adentro surja a la luz documental. En su carta del 2 de junio al Rey dice Hernandarias: "hice una correduría y descubrimiento por los meses de noviembre y diciembre pasado en la costa de la mar y banda de los charrúas en la cual hallé muy buenos puertos y muy capaces de tener en sí y poder entrar en ellos muchos navíos de porte y en particular en un puerto que llaman *sancta lucia* y *montevidio* que será treinta leguas de esta ciudad [Buenos Aires]. Es aquella tierra muy buena y de grandes calidades de buena para poblar en ella".

En una segunda carta fechada el 2 de julio de 1608 Hernandarias reitera al Rey, que nunca le llevó el apunte, los conceptos anteriores y los amplía: "... y en suma me parece uno de los mejores puertos y mejores calidades que debe de haberse descubierto porque además de lo dicho tiene mucha leña y pueden entrar los navíos muy cerca de tierra y la belleza de aquel río la tierra adentro es grande y capaz de tener muchos pobladores con grande aprovechamiento de labranza y crianza por la gran bondad



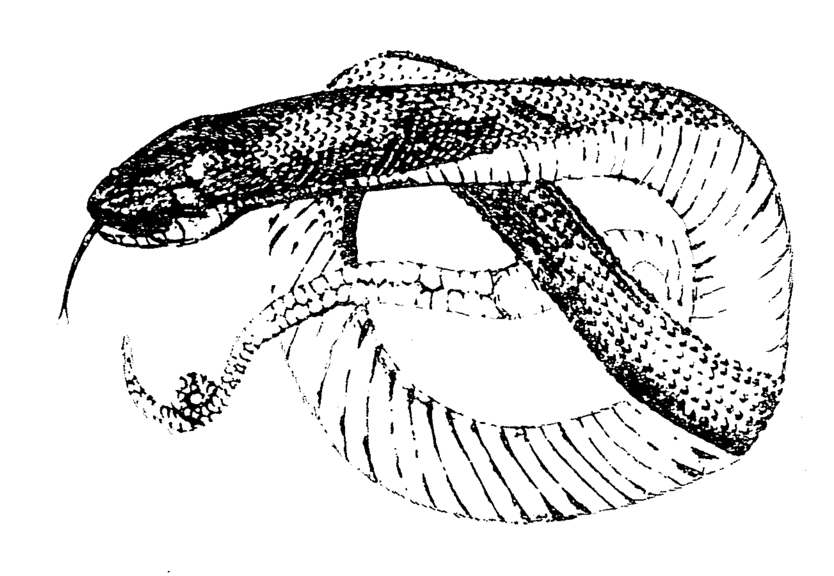
Los lobos marinos reciben a los viajeros

"Como estuviesen anclados en ese punto, oyeron un ruido que venía de la isla de Lobos; fueron pues en canoa a reconocer la causa y ver si encontraban allí alguna gente. Pero cuando estuvieron cerca de la isla vieron gran cantidad de lobos marinos que se precipitaron sobre ellos con gran furia, como leones rugidores; también se erguían en sus dos patas traseras como osos salvajes, infundiendo mucho miedo a los holandeses. Con todo, recobrando valor se pusieron a tirar tranquilamente en el montón, de modo que cayeron muertos cuatro o cinco; cuando los otros vieron esto se pusieron en fuga perseguidos por los holandeses que los herían a diestra y siniestra con sus sables y espadas. Así mataron o voltearon varios, y trajeron al buque nueve de los más pequeños y que luego comieron..."

Henrich Ottssen. Diario de viaje,
22 de junio de 1599.

y calidad de la tierra [. . .] y aunque de lo dicho se deja entender cuan buena es y las calidades de ella para poblarla hay muchas otras muy particulares como el ser buena para labores que con haberlas muy buenas en esta Gobernación ninguna a aquellas porque se da todo con grande abundancia y fertilidad y buena para todo género de ganados y de muchos arroyos y riachuelos cercanos unos de otros y de mucha leña y madera de gran comodidad para edificios y estancias en que se criarán gran suma de ganados y para hacer molinos que es lo que aquí falta y todo con gran comodidad que se puede embarcar desde las propias estancias a bordo de los navíos gran suma de corambre y otros frutos de la tierra que se darán en grande abundancia".

El desmañado, reiterativo y cacófono estilo castrense de Hernandarias no logra esconder tras sus torpes giros lo que los ojos de aquella expedición punitiva contra los charrúas contemplaron: un país de suaves colinas empastadas, una red fluvial generosa, frondosos bosques ribereños, rinconadas fértiles, posibilidades infinitas para la ganadería, la agricultura y las pequeñas industrias nacidas al impulso de las aguas de los ríos y arroyos, facilidades para el embarco de los productos. Y todo ello sustentado por un clima de enérgicos pamperos, de grandes cielos azules, de lluvias suficientes, sin oscilaciones drásticas de temperatura entre el invierno y el verano aunque con variaciones bruscas y a veces brutales en 24 horas, de estíos ardientes, primaveras ventosas y otoños dorados.



Aparecen los ganados

El rey no escuchó a Hernandarias y no hubo más remedio que hacer lo que aconsejaban las circunstancias, al margen de la autoridad real. Hernandarias ordena traer de sus estancias de Santa Fe, en 1611 y 1617, algunas cabezas de ganado vacuno hasta los herbazales de la Banda Oriental. Estos toros y vacas son los adelantados de la población de origen blanco. Son los verdaderos desbravadores y conquistadores de la tierra. Los futuros colonizadores tendrán, hasta en los más remotos lugares del país adentro, un asado a mano. El ganado cimarrón es la cabeza de puente de la demografía, la cultura y la sociabilidad occidentales en el gran potrero que Hernandarias convertirá en una inconmensurable, planetaria estancia.

El ganado transforma el equilibrio ecológico primitivo. Pisotea las rinconadas, bostea en los sesteaderos, propicia el nacimiento de pastos tiernos. Sus parásitos infectan a la fauna aborigen. Los pumas, especialistas en el desnucamiento de los terneros, tal como lo cuentan los libros de Hudson, y los jaguares, aviesos y potentes, hallarán en las reses una fabulosa despensa para acallar su voracidad sempiterna. Las tribus indígenas sentirán en su fisiología, en su cultura material y en sus escalas de valores el impacto de la ganadería vacuna. Y un buen día el criollo vendrá de la Banda Occidental para hacer grandes arreadas a través del río Uruguay y para iniciar, luego de su asentamiento en la nueva tierra, el ciclo del corambre.

BIBLIOGRAFIA

ARAUJO, Orestes. — *Diccionario Geográfico del Uruguay:* Tipolitografía Moderna. Montevideo, 1912. (Segunda edición).

BARRIOS PINTOS (Editor). — *Albumes Departamentales* (103 Nros.). Editorial Minas, Montevideo.

CHEBATAROFF, Jorge. — *Tierra Uruguaya:* Talleres Don Bosco. Montevideo, 1960.

GIUFFRA, Elzear S. — *La República del Uruguay:* Monteverde. Montevideo, 1935.

MARTINEZ LAMAS, Julio. — *Economía Uruguaya:* Claudio García. Montevideo, 1943.

MARTINEZ RODRIGUEZ, I., VIÑA LABORDE, E., NAVARRETE DE LUCAS, María S. — *Ciencias Geográficas 2º curso. Las Américas. Uruguay. Africa:* Monteverde. Montevideo, 1965.

MAS DE AYALA, Isidro. — *Y por el sur el Río de la Plata:* Monteverde. Montevideo, 1959.

REYES, José M. — *Descripción geográfica del territorio de la R. O. del Uruguay:* Biblioteca Artigas. Montevideo, 1953.

VIDART, Daniel. — *El Paisaje Uruguayo:* Alfa. Montevideo, 1967.

WETTSTEIN, Germán. — *Nuestra Tierra. I. Los paisajes:* Arca. Montevideo, 1967.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo I

I. La historia política. - Carlos Real de Azúa.
II. 180 años de literatura. - Angel Rama.
III. La evolución económica. - Luis C. Benvenuto.

1. El mundo indígena. - Eugenio Petit Muñoz.
2. Las tierras del sin fin. - Daniel Vidart.
3. La España de la conquista. - Darcy Ribeiro.
4. Conquistadores y colonizadores. - Washington Reyes Abadie.
5. La conquista espiritual. - Alberto Methol.
6. Portugos y brasileños. - Tabaré Melogno.
7. El gaucho. - Daniel Vidart.
8. El mostrador montevideano. - Lucía Sala de Touron.
9. Amos y esclavos. - Agustín Beraza.
10. La vida cotidiana en 1800. - Alfredo Castellanos.

Cuaderno

Tomo I

I. El pensamiento de Artigas.
II. Cuentos de horror. - Horacio Quiroga.
III. Montevideo en cuentos. - Benedetti, Hernández, Martínez Moreno, Onetti, Somers.

1. Los indios del plata. - Lozano, Azara, Larrañaga, Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz.
2. Diario de viaje a Paysandú. - Dámaso Larrañaga.
3. Cartas del nuevo mundo. - Colón, Vespucio, Lopez de Sousa.
4. La voz de los vencidos. - (textos indígenas).
5. Las vaquerías del mar. - Cardiel, González.
6. Muerte al invasor. - (poemas y proclamas).
7. La poesía política. - (antología).
8. El nacimiento de la ciudad. - Pérez Castellano y otros.
9. Cantos y bailes negros. - Rossi y otros.
10. Las visitas extranjeras. - (antología).

Tomo II

11. Los porteños.
12. La guerra de los imperios.
13. Artigas: la conciencia cívica.
14. Las montoneras y sus caudillos.
15. La Independencia y el Estado Oriental.
16. Los patricios.
17. Civilización y barbarie.
18. El mundo romántico.
19. Divisas y partidos.
20. Las guerras civiles.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
36. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetisas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

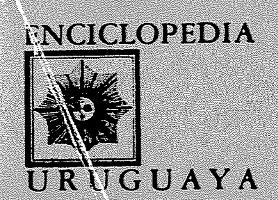
Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

1 enciclopedia
+ 1 cuaderno **$ 85.-**



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino (artegraf). Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Mayo 1968.